

PULSO

REVISTA DEL ARTE DE AHORA

número

u n o

La Librería "Hispano Argentina"

cuenta con:



Una Montaña de Libros

de los mejores autores que se venden sin excepción a

a ^m\$n 0.40 la peseta

Novedades por todos los correos

Encuadernamos libros en 1/2 tela desde \$ 1,— el tomo

C. P. Perlado y Cía.

EDITORES

RIVADAVIA 1731

U. T. 38-0724, Mayo

BUENOS AIRES

Casa en Madrid: BORDADORES 9

¿C ONOCE Vd. el caso de un mé-
dico cordobés que descubrió que
las manchas solares producen
hemorragias?

¿S ABE Vd. que en el Hospital Expe-
rimental de Córdoba se ha muerto
a 10 hombres para probar la anes-
tesia raquídea?

Lea el libro del ilustre Profesor **Georg Fr. Nicolai**

Homenaje de Despedida a la Tradición de Córdoba Docta y Santa

Constituye la más curiosa distrofa escrita en el país hasta nuestros días.
El célebre hombre de ciencia analiza con extraordinaria ironía las caracte-
rísticas de la vieja ciudad universitaria.

¿S E ha enterado Vd. de que en Cór-
doba, naturalmente, un médico par-
tero descubrió el secreto para ele-
gir a voluntad el sexo?

V D. no conoce la teoría cordobesa
acerca del sol donde se declara que
es "un simple espejo que refleja el
calor producido por la tierra y es-
pecialmente por el petróleo de la Argentina".

Precio de Venta: \$ 1.50 en todo el país. Edición cuidadosamente impresa a dos listas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

PULSO

REVISTA DEL ARTE DE AHORA

DIRECCION | MEXICO 1416
REDACCION | U. T. 38-Mayo 3461
ADMINISTRACION | BUENOS AIRES

AÑO I
Núm. 1

JULIO DE 1928

Editor: Sociedad de Publicaciones EL INCA

Un Virtuoso de las Ideas

Prólogo inédito del libro "Una teoría del yo como cultura" de Miguel A. Virasoro

Por HOMERO M. GUGLIELMINI

La función de pensar es un lujo cuando se ejercita sin otro fin que el del pensar mismo. Mirar las cosas por mirarla, sin segunda intención, para saberlas tales como son y no tales como nos son necesarias, ha aquí la aptitud especulativa de nuestro espíritu. Especular es, en rigor, reflejar el mundo cándidamente — filosofa.

Filosofamos cuando de los dos escorzos que nos ofrece el mundo — el utilitario y el desinteresado — la inteligencia escoge el segundo, es decir el más oblicuo y problemático. Puede aventurarse este último punto de vista solamente si la actividad pragmática a que nos convida y apremia el mundo de primer intento, ha dejado un remanente espiritual ocioso aplicable al noble ejercicio de especular. Constituye una árdua disciplina interior la de atravesar ese remanente que es algo así como la riqueza supernumeraria con la cual la inteligencia se dá el lujo de acomodarse al mundo sin ánimo preconcibido, para captarlo "sub specie contemplativa".

Más lo que deseamos advertir con estas digresiones, es lo elemental como quiera que los imperativos de acción utilitaria nublan y sequecen la visión esencial de las cosas — para decirlo en lenguaje platónico: dificultan el acceso al reino de las puras ideas — cuando más inmediata es la fase pragmática que nos muestra el mundo más totalmente se insume la inteligencia en la tarea primaria de apuntalar la realidad útil y de abrir en su matriz vertientes adecuadas al tránsito de nuestra energía vital. Nada queda entonces de aquel remanente necesario para empinarse sobre el mirador desde el cual atalajaran el mundo las más egregias mentes contemplativas. Así en los hombres como en los pueblos no hay filosofía donde hay demasiada urgencia de obras.

Hasta hace poco tiempo nuestro país no pudo pensar sino en los medios de asegurarse las más elementa-

les condiciones de autonomía y prosperidad: hubo grandes generales y oradores, políticos de genio y visionarios, hombres de empresa y caudillos; en cuanto a los pensadores (en la verdadera acepción del vocablo) muy lejos de aspirar como lo pretendían los filósofos griegos por boca de Sócrates, a ser alimentados por los ingresos de las arcas públicas, ni siquiera existieron en número suficiente para plantear el problema de su función social. El cultivo más generoso apenas pudo emerger en la literatura argentina dos o tres libros que tratan propiamente de filosofía (excluido el hecho de los textos) y entre ellos no vacilo en contar este de Miguel Virasoro que, por otra parte, tiene una significación especial, pues aparece precisamente en esa época de transición, indecisa y llena de fermentos, en que el saber utilitario de un pueblo deja, al fin, un lugar al saber desinteresado y sufiendo de la cultura.

"Por primera vez ahora se perfila en nuestra historia espiritual una generación con suficiente vida interior como para sentirse determinada por un ideal de cultura desinteresada, insensibilizada los primeros atisbos de un pensamiento metafísico y religioso original". Así escribe Virasoro en uno de sus ensayos; y tiene razón. Para probarlo, no habría nada mejor que invocar este mismo libro, cuyo tema apunta a tan remota altitud y en cuyas páginas nadie podrá encontrar la solución de ninguna cuestión circunstancial ni la receta para ninguna dificultad de índole práctica, pero al podrá saltar a la germinación de nobres y vastos problemas, al amanecer de un temperamento de abstracción interioridad mental y al espectáculo de un espíritu emancipado de todo lastre terrestre, y cuya gimnasia útil y estética basta por sí misma para justificar nuestra admiración y suscitarnos nuestro deleite.

Un ensayo publicado por Miguel Virasoro en "Inicia" — tribuna juvenil que yo compartía a la sazón con el

gunos amigos—me brindó la primera noticia de ese joven mentalidad esbelta y inquietada por los mismos problemas, cuya expresión habíamos intentado en aquella Revista. "Una teoría del yo como cultura" es el fruto de aquellas inquietudes, maduradas a través de un lustro de experiencia intelectual. El interrogante que podríamos plantear en la carátula del libro nos dará una idea del tema, que a veces evidente, a veces latente, discurre a través de todos los ensayos: ¿cómo y sobre qué base filosófica se inaugurará en nuestro país un sistema de cultura original y propia? El tema es preferencial, por cierto, pero conviene advertir desde luego que el ensayo está desprovisto de toda intención profética. No es una injelcción del futuro, un vaticinio, sino que Viroso ha arrojado la sonda en la fluida existencia del presente, y me aventuro a decir que a veces hemos sentido en el hilo la vibración de los más profundos contactos.

Como que este libro es el fruto de un pensamiento joven, lejos de traducir el equilibrio de un ciclo personal ya concluso, resúmelo todo — resúlo modular que le sobresalta — esa anhela del espíritu que no ha encontrado su centro definitivo, que al bien intenta una respuesta, siente que la solución es precaria, y renueva entonces la interminable marcha encaimada hacia entristecidas posibilidades. Todo temperamenlo filosófico ha conocido — acaso en su iniciación más que nunca — ese drama conmovedor de las ideas. Prooran que tanto más se agude cuanto más el desarrollo de la crítica — visitante ardiente de Viroso — nos acusa.

En este libro hay, pura, una temperatura común: el cálido fervor de una brisa moderada intelectual, y hay también una sucesión de momentos cuya disparidad se traduce a pesar de la apariencia sistemática de la obra.

Por más que el autor ha enmendado sus artículos publicados en "Inicio" refundiéndolos en el ensayo titulado "El problema de la cultura Argentina", persisten en éste vestigios de una etapa intelectual evidentemente distanciada de la que traducen los ensayos destinados a "Una teoría del yo como cultura", de más reciente composición. Cualquiera crítica un poco perspicaz puede advertir en el primero una influencia importante de las corrientes vitalistas e intuicionistas inspiradas en Bergson y en el historicismo de Spengler a más de una fuerte dilucidación de Schopenhauer. De Bergson prevalece, por ejemplo, la teoría del objeto basada en alguna página, al bien el desenvolvimiento del tema (el objeto como expresión del sujeto) importante ya una contribución original. De Spengler es la definición general de la cultura como "un sistema de símbolos destinados a la protección del yo contra el misterio cósmico", o aquello de que con la cultura propia es el alma propia la que se realiza. ¡Y qué decir de la tesis — llamémosla pedagógica — del artículo, sino que es la transposición a una clave menos frívola y más grave de la exigencia proclamada en lengua española por Ortega y Gasset, de que los valores de la cultura, hoy excesivamente racionalizados, deben ser retrotra-

dos a sus fuentes vitales? Pero ¿qué anticipaciones, qué aplicaciones? En una época en que Max Scheler no había sido traducido aún al castellano ni al francés, en que ni siquiera era conocido — como me consta — por Viroso, formulé éste el principio de que la cultura es la autorrealización del yo, concepto que Max Scheler expresa más tarde diciendo que la cultura no es una categoría del conocer, sino del ser. En esta breve frase está comprendida la posición de la filosofía contemporánea.

No menos evidente es el matiz original al mismo tiempo la distancia que media entre el vitalismo formulado por Ortega y Gasset y el que profusa Viroso, porque mientras el primero nos habla del sentido festivo de la vida, el segundo afirma el ejercicio de un profundo ascetismo espiritual como finalidad ética de la cultura — concepto que Kierkegaard, no menos ignorado a la sazón entre nosotros, ha desarrollado luego, y que tiene su origen en la recta interpretación de Nietzsche y en Guillermo Eucken despojados de su plomiza capa protestante. Las páginas acerca de "La concepción ascética como deporte" se cuentan entre las más intensamente pensadas por el autor.

Puede bien de "El problema de la cultura argentina", ensayo al cual nos hemos referido, a "Una teoría del yo como cultura", se advierte una notable alteración en el rumbo ideológico del joven crítico. Su pensamiento se orienta aquí, en efecto, hacia una mayor jerarquía de los valores racionales.

De los dos grandes sectores de fuente racionalista que se disputan la primacía en el pensamiento contemporáneo — realismo e idealismo — ¿cuál escoge Viroso? Viroso se orienta decididamente en el idealismo, y en el idealismo en su forma más immanente y absoluta: en el idealismo actualista.

Es necesario invocar el nombre de Giovanni Gentile para comprender esta última evolución del pensamiento de Viroso.

Gentile es el espíritu, la definitiva consecuencia — tal vez irremediable — de esa gran línea tendida en la historia del pensamiento por la corriente del idealismo: un adversario diría que es su última contradicción, su reducción al absurdo. El "acto puro", en efecto, tritura y devora toda materia objetiva, toda tentativa de permanencia, toda base estable: reducido el espíritu — que es la realidad y la vida — a su experiencia actual, no queda ante nosotros sino una materia fluida, inaprehensible, precaria, de la que nos es imposible fijar un solo momento. La reducción del ser al pensamiento en acto, al bien satisface — hasta donde pueda hacerlo un sistema de índole racionalista — el anhelo de concreción suma, de vida y de historicidad que aqueja al espíritu contemporáneo, implícito, por otra parte, una suerte de nihilismo que se advierte en la insuficiencia de la fundamentación moral en la obra del pensador italiano. El idealismo de Gentile — que es según su propia fórmula, una filosofía de la "pura experiencia"

—puede reducirse en el fondo a un fenomenismo vuelto al revés.

Sin embargo, el sistema de Gentile constituye la solución más coherente del problema planteado en el idealismo desde Kant. De Kant dimanaron, en efecto, los cuatro direcciones que tienen por el antes la filosofía sustancial del siglo 19: el fenomenismo — que reduce el ser al fenómeno — fué un desmoronamiento de la estética trascendental; el intuicionismo desarrolló el último vestigio de metafísica que aun perduraba en el sistema crítico; Hegel dialectizó los conceptos de la lógica trascendental y, por último, el idealismo inmanente desde Fichte a Gentile, cambió el acento sobre el yo kantiano de la apropiación, sobre el yo trascendental que formula el eterno y absoluto "yo pienso" presente en toda experiencia. La historia del idealismo postkantiano puede reducirse, en rigor, al conflicto entre estas dos últimas fases.

Frente al error de Hegel — que incurrió en la imprudencia de identificar, según la expresión de Kierke, las leyes de los conceptos a las del ser, extendiendo a un significado metafísico la índole meramente funcional de las categorías kantianas — se afirmó la corriente actualista inaugurada por Fichte con genial intuición en los fundamentos de su sistema; para éste en efecto el ser absoluto reside en el juicio ético, en la afirmación del yo implicada en todo acto del pensar: "No se puede pensar absolutamente nada" — escribe Fichte en su "Doctrina de la Ciencia"—"sin pensar al mismo tiempo en el propio yo consciente de sí mismo; jamás nos es permitido abstraernos de la propia autoconciencia. Ponerse a sí mismo y ser con respecto al yo, plenamente idénticos".

El juicio ético de Fichte es, sustancialmente, la misma cosa que el "autocometido" genésico, y el tema de la filosofía del acto puro, es decir, la distinción entre el sujeto absoluto y el sujeto—objeto—tratado por Gentile en dísticos y cuantiosos volúmenes — está planteado ya con claridad deslumbradora desde las primeras páginas de la "Doctrina de la Ciencia".

Pero cabe dirigir a la filosofía del actualismo la misma objeción formulada ya por Hegel contra Fichte, a quien acusaba de haber incurrido en el idealismo subjetivo. Esta objeción que, es la duda interior de todo idealista — plantea el fatal dilema que aqueja a la filosofía contemporánea. El riesgo del solipsismo explícito, en efecto, la persistencia de formas que Kant parecía haber fulminado definitivamente con las armas terribles de su Crítica. Es así como el realismo vuelve a encontrar hoy autorizados voceros y enérgicos polemistas. El cuadro de la filosofía actual nos ofrece, pues, la siguiente disyuntiva gnoseológica: o fieles a la crítica, nos enrolamos en el idealismo, desafiando los peligros inherentes al subjetivismo, o asumimos una posición dogmática — olvidando la más grandiosa conquista de la filosofía — a fin de alcanzar a través de los "presupuestos" realistas las garantías de objetividad y de jerarquía ética necesarias para todo régimen de cultura colectiva.

Romance

Amor de crecidas aguas
y corazón bailarín,
media voz en el rocío
y silencio en la raíz,
por un arenal de luna
brillando te vieron ir,
y nadie te vió volver
ni te verá refluir.

Agua ronca de sonar
y afinada de subir,
aunque de limpia trasluces
y de azul eres añil,
nunca te verán los ojos
que no me vieron a mí.
No rompas, alzado viento,
la pura flor del jazmín,
ni pienses por eso, día,
tu pesada nube gris.

En el medio de la mar
dos velas se ven lucir,
y nadie sabe si vienen
o si acaban de salir.

A M A D O V I L L A R

Virasoro no elude el problema. Tiene demasiado arrojo para gloriarse. En el último capítulo, lo vemos enlazado en un combate mortal contra esa hidra de cien cabezas que recorre innumera toda la historia de la filosofía, y que podemos calificar como el genio malo del idealismo. Ya que no participamos, en la ocasión, en el pleito, limitémonos a advertir la magnitud de la empresa y los riesgos que ella supone. El lector juzgará si Virasoro ha salido airoso del paso. De todos modos, siempre es magnífico el espectáculo de un pensamiento que se propone las máximas dificultades a fin de adometerlas y, acaso azas, de resolverlas. Heroísmo intelectual cuyas proezas, desparramadas a lo largo de las páginas ventileras, bastan por sí solas para premiar la lectura, meditada y comovida de este libro.

Del Hombre y su Sonido

Primera de las "Odas para el hombre y la mujer"

1

Nuestros idiomas en guerra
Son alabanzas del Día.
El día nuevo tiene la forma de un vaso:
Quiere llenarse de nuestra música.
Somos ligeros
Y en nuestro baile se infantiliza la tierra.
Vamos unidos, alta gavilla de humos...

2

Aventamos palabras
En los caminos de la mujer y del hombre:
Arreacia la mujer igual que un viento.
"Limpias florecen las armas a mediodía — dijimos
Nunca talaron del todo la risa del mundo!"

Y nuestra sangre al sol
Es la rosa más pura, entre rosas.

3

Color de hombre, sonido de hombre,
¡Arraiguemos este Poder en el día!
El día nuevo tiene la forma de un vaso:
Quiere llenarse de nuestro color...

4

Pero decimos al fin:
"Color extranjero somos.
¡El pie se ha demorado
Junto a la tierra y su baile!
Manos de segador alzaba el tiempo:
Somos un humo que nusca la patria del humo".
Así cantamos al fin, y es alabanza del día.
El día nuevo tiene la forma de un vaso:
Quiere llenarse de nuestra muerte.

Boletería de la Gratuidad

No obstante lo muy concurrida que está siempre esta deliciosa boletería, he podido abrirme paso y he comprado, gratuitamente, la siguiente información, que es hoy a precio de costo:

En todas las ciudades, aunque nadie lo haya gestionado, hay un abogado más alto de estatura que los otros; pero en Buenos Aires, donde el suelo muy bajo favorece las estaturas, hay el abogado más alto del mundo, gran amigo mío y muy buen compañero, es decir, hasta la altura de los hombros, que es hasta donde lo conozco y soy su amigo. Es un caballero y debe ser bueno, aunque yo no lo acompañe, en la demasia hacia arriba. Es tan alto que podría tropezar con su propio sombrero puesto. Pero no se dude por esto de que con los pies llega hasta el suelo, como me lo han preguntado algunos; es allí donde comienza nuestra amistad y la posibilidad de entendernos.

Pues bien, en Córdoba donde por la elevación sobre el nivel del mar, a los viajeros de Buenos Aires el piso les llega hasta las rodillas, por falta de costumbre, no tenéis idea de la preocupación que pesaba sobre Buenos Aires cuando este abogado crecía (fué él quien me mandó a Córdoba en 1900, con una misión por 2 días, los que yo le dí a elegir, a mi vuelta, entre los 32 que me había quedado) y no comprenderéis la emoción de alivio que corrí en nuestra capital cuando los telegramas de los diarios serios anunciaron "que el Dr. H. B. ha cesado desde esta mañana de crecer". Esta noticia fué con-

firmada hasta la seguridad, y llegó a mí en Córdoba cuando yo me hallaba casi a punto de aprender a usar el suelo cerca de las suelas. Como yo vivía en la preocupación de que llegaría un momento en que se haría imposible escalar la amistad y el trato con mi amigo, mi alegría fué tan fuerte que cambié por 7a. vez de hotel en Córdoba y me olvidé de diversos pagos prescriptibles. La línea de hoteles que yo había escogido para acreditar con sucesivas traslaciones mi propósito de regreso, partía del centro hacia la estación ferroviaria, pero como todos ellos estaban en Córdoba yo telegrafíaba "No puedo regresar porque todavía estoy en Córdoba". Así que cuando me encontré con el Dr. H. B. en Buenos Aires no necesité darle ninguna explicación. Por otra parte, al encontrarme de nuevo con un suelo tan bajo, mi fatiga para recobrar pie me hubiera impedido especificar explicaciones. Durante un mes no podía estar conversando con nadie sin hundirme en la conversación, empezada a nivel; y la tarea de bajarme las rodillas para no quedarme en el aire me imposibilitaba toda atención y cortesía.

Han dicho algunos que sólo una cabeza tan cerca de las nubes como la del Dr. H. B. pudo concebir la idea de mandar abogados a Córdoba. Otros insinuaron aquí que yo tuve la habilidad de que mi último hotel fuera el más próximo a la Estación y al agotamiento de mis recursos pecuniarios, coincidencia no casual.

Así se alteran las cosas con el tiempo; otro día tendremos para rebatir esto.

Argumento de un Asalto de Box

Las casas vecinas juegan a la gata parida con esa pacífica lectúrea de campo laboriosamente injertada en la ciudad. Sin embargo, en las mañanas todos los edificios se inclinan hacia ella y aspiran su aliro y su sol.

El estadio es un resto fútil de la pompa. Los cuervos de las perspectivas con ese pequeño trozo diseado podrían rehacer los paisajes de Buenos Aires antes de su fundación.

A la caída de la tarde, la sombra, desalojada de las calles, invade gratuitamente el campo de deportes. Se sienta en las tribunas y contempla sus propias variaciones. Es una sombra urbana, llena de rumores y de lejanas viduas. Una sombra purificada, exenta de terrores, pero con sobresaltos de bocinas y estridencias de carruajes.

En las vísperas de fiestas, varios hombres pidiendos cubren de sillas la desnudez primordial de la tierra. A la noche, nadie entra gratuitamente. Ni la sombra que sigue merodeando en los alrededores del estadio como un perro hambriento.

Ochenta mil ojos se inmovilizan sobre un pedazo de día que la noche ha respetado. Son ochenta mil ojos sumisos e inquietos que comentan, discuten y gritan, pero ordenadamente, por zonas, por jerarquías. El silencio es perfecto en el centro del ring y se desvanece en los estratos bulliciosos de las tribunas.

La multitud aún no existe, la multitud es múltiple, la multitud no es más que una palabra; pero de pronto, la aparición de dos hombres desnudos le concede un alma sola, un solo rostro, un solo pensamiento, una sola emoción: la muchedumbre ha entrado súbitamente en los dominios de Le Bon y de Jules Romains. Las preocupaciones individuales, los deseos, los temores, todo lo personal ha desaparecido. La multitud aplaude entusiasmada su propio nacimiento. Los dos jóvenes, que aún no han hecho nada, agradecen.

Estos dos jóvenes, me digo, recitarán seguramente una especie de poesía estúpida o apor-

techarán sus formas esbeltas para jugar una pantomima. Los jóvenes ya solos en el centro del ring se miran un instante, se mueven lentamente con todos los músculos tendidos, en actitud de recelo y acobijo, y bruscamente, sin un pequeño prólogo, sin una injuria, sin un gesto ofensivo, comienzan un denudado intercambio de puñetazos.

Estos dos muchachos, plenos, tenían algún sentimiento anterior o alguna rivalidad que han venido a dirimir. Más, observo que los golpes que mutuamente se propinan no causan daño visible. Entonces, me digo: Esto es una nueva danza. Efectivamente, los dos muchachos adoptan actitudes graciosas, ejecutan saltos agilitísimos, se inclinan, se alzan, se precipitan, se detienen, giran en puntas de pie, se abrazan y se separan, sin esfuerzo, sin cansancio. Uno de ellos comienza a extenuarse, su rostro denota fatiga. El espectáculo ha dejado de ser atrayente. Lo bello, para serlo, no debe mostrar el esfuerzo. Yo protesto y mis vecinos me instruyen con cierta violencia en los méritos del silencio. Calló y miro. Uno de los jóvenes ha caído. Duermo. Con un brazo en alto el director de la danza trata de despertarlo, pero se cansa y grita: ¡Out!

La muchedumbre lanza un grito estentóreo y agita sus manos. Es la última manifestación de la multitud, es su gesto de agonía. La multitud muere, disgregada en cuarenta mil seres humanos.

Mis vecinos me interpelean y me instruyen. Aparece que eso era un combate de box, que es un espectáculo hebdomadario. Yo me asombro.

—¿Siempre asiste tanto público?

—Siempre.

—¿Para ver lo mismo?

—Esto es una comedia cuyo argumento es la emoción del espectador. Su placer surge de los detalles, de sus variaciones, de sus alternativas y exige el conocimiento de sus leyes, arbitrarias como las leyes de un poema. Cuando se mira desde la lejanía de la ignorancia, toda la vida humana es monótona. No hay relato interesante para un hombre analfabeto. Tampoco ninguna novela es entretenida a dos metros de distancia cuando todos son ciegos, sus ojos e identicos.

En la Eternidad de Güiraldes

Luz feliz hoy lo guarda de mundo al afectuoso.
A este del hondo abrazo y brújula en la estufa.
Estaba en sus palabras, y era el último
en tornar de las voces compañeras.
Desde su vida al cielo no anduvo mucha andanza.
El mejor de su pampa lo recuerda este poema.
Ahora restañamos dulzura de su herida,
y de su herida estrella claridad restañamos.
Muerto de horas trabaja con afectos lejanos
y su felicidad sube las primavera
sobre estos campos que lo recuerdan
mirándose en un canto,
cuando el llano se olvida de la luz
y algún pájaro empieza la tristeza...
Esto, en la tarde que anda deshecha en los juncales.

Seña de eternidad
cierta en su vida más que en esta imagen.
Ya se ha vuelto un virtuoso del espárame,
como luna en las aguas y brisa de la sombra.
Ahora he visto un ángel tejendo la mañana
para sus campos de pasión alada.
Un reflejo de patria entra en su sueño...
Orbitas de ternura describiendo,
lunas aventuradas lo acompañan.
Con su emoción regula
el destino suspenso de las aves

y el porvenir rendido de las flores.
Una estrella insistente sobre el llano
hay es su explicación y comentario.

Una música erialta se andaba por las calles
de la ciudad porteña,
cantar de bebedores clareaba las tabernas,
y era la medianoche de los poetas,
y el brazo que se ataba de amistad,
y era el halda volada por el júbilo.
El amistoso estíbase
con la mirada grande, con la vehemencia próxima,
como yo de mi sombra.

Para historiar su pecho de tiernas perdiciones,
los acontecimientos que duermen en su voz,
y el alma retirada como un alma,
viene un fulgor adicto a sus pupilas.
Todo lo que se apega al corazón de alguno,
letra ardiente o silencio de este mundo,
lo adivinan tal vez y lo conmueven...
Y este verso lo busca por los cielos.
Nada nos aumentara de claridad como esa
indolencia luciente. Perdido en tanto amor
es hábito de prados, cruz de llama. Albanizas
lo representan por la bella vida.
Ardan estas palabras en su honor.

Carlos Mastronardi

Un amigo me golpea cordialmente en la espalda.

—Con frecuencia pondera usted los juegos griegos, me dice. Es un pueblo al que Vd. rinde una admiración ferviente y cándida. Imagine una olimpiada. El momento es oportuno. Daban comienzo el undécimo día de Hecatombea, nuestro mes de Julio. Imite a Píndaro: cante a los pugilistas y a los jockeys, pues carecemos de cocheros veloces. Su composición podría comenzar

o terminar como la oda séptima, dedicada al pugilista Diógora de Rodas, a quien con toda certeza Címpolo pondría knock-out en el primer round:

Agrada a padre anciano
Con espumada mano
Tomar la copa donde hierve óptimo
El roble sabroso
Que destiló dulcísimo ractimo.

El estadio se ha vuelto a llenar de cielo.

A la Manera de...



Un ángel, pastiche de Noreah Borges,
por J. Bonomi



El Neocriollo del año 2.000, pastiche de Xal Solar,
por C. Pérez Ruiz



El lago de Palermo, pastiche de Fattorini,
por C. Pérez Ruiz



Retrato de Hidalgo, pastiche de Noreah Borges,
por J. Bonomi

La Sociedad Secreta

Dijo el Astrólogo:

—Cielamo, nuestros estamos viviendo en una época terrible. Aquí que encuentre la manija que necesita el coraón de la multitud será el Rey del Mundo. La cuestión es apoderarse del alma de una sola generación... el resto se hará solo.

—¿Pero cómo?

—Aquí fingamos. Mi idea es organizar una sociedad secreta que no tan sólo propague mis teorías, sino que también sea una escuela de futuros Reyes de Hombrés. Ya sé... Vá, me dirá que han existido muchas sociedades secretas... y es cierto... todas desaparecieron porque carecían de bases que interesaran a la humanidad. Se apoyaban en un ideal político o religioso, con exclusión de toda realidad que no se ajustara a sus dogmas. Carecieron de universalidad. En cambio nuestra sociedad se apoyará en los principios más sólidos y modernos. La Mentira y el Oro, es decir la fantasía y el industrialismo.

Jamás ninguna sociedad secreta trató de ensayar una taj amalgama. El dinero, el oro, será la soldadura que unirá los temperamentos más diversos y el lazo que los dará a las ideas el peso y la violencia necesarias para reducir a los descontentos. Nos dirigiremos en especial a las juventudes, porque son más estólicas y entusiastas. Les prometemos el mundo del mundo y del amor... les prometaremos todo... me comprende Ud?... y les daremos uniformes vistosos, tónicas reaplantescentes... tapacitos con plumajes de variados colores... pederías... prearques y grados de iniciación con nombres honrosos. Y allí en la montaña levantaremos el templo de cartón... será para imprimir una cinta... cuando hayamos triunfado construiremos el templo de las siete Puertas de oro... tendrá columnas de mármol rosado y los caminos pa-

Por Roberto ARLT

Capítulo Iadón de la Novela
"LOS SIETE LOCOS".

ra llegar a él estarán enarenados con grano de cobre. En torno construiremos jardines... y allí irá la humanidad a adorar al Dios Vivo que hemos inventado.

—Pero el dinero... el dinero para hacer todo eso... los millones...

—Organizaremos prostibulos... el Rufián Melancólico será el Gran Patriarca Prostibulano... todos los miembros de la logia tendrán interés en las empresas... explotaremos la veura... la mujer, el niño, el obrero, los campos y los locos. En la montaña... será en el Campo Chileno... colocaremos lavaderos de oro y la extracción de los metales se efectuará por la electricidad. Enseguida ya calculé una turbina de 500 caballos. Prepararemos el ácido nítrico reduciendo el nitrógeno de la atmósfera con el procedimiento del arco voltaico en torbellino y tendremos Hierro, cobre y aluminio mediante las fuerzas hidroeléctricas. ¿Se da cuenta? Llevaremos engañados a los obreros y a los que no quieren trabajar en las minas los mataremos a latigazos. ¿No sucede eso hoy en el gran Chaco, en los yerbales, en las explotaciones de caucho, café y estaño? Cercaremos nuestras posesiones de cables electrificados y compraremos con una perra de agua a todos los polizontes y comilones del sur. El caso es empezar. La semana que viene llega al Bucador de Oro. Ha encontrado placeres en el Campo Chileno, vagando con una prostituta llamada la Máscara. Hay que empezar. Para la comedia del Dios sigiremos un adolescente... mejor será criar un niño de excepcional belleza al que educa-

remos para hacer el papel del Dios. Hablaremos... se hablará de él por todas partes, pero con misterio, y la imaginación de la gente multiplicará ese prestigio. Se imagina Ud. lo que dirán los papanatas de Buenos Aires cuando se propague la mormonación de que allí en las montañas del Chubut, en un templo inaccesible de oro y de mármol habita un Dios adolescente... un fantástico efbro que hace milagros?

—¿Pero quién va a crear esos di-parates?

—¡Disparate! ¿No se creyó en la existencia del Piesolaurio que descubrió un logfite bombocho, el Único habitante del Neoucan a quien la policía no dejó usar revolver por su espantosa puntería... ¿no creyó la gente de Buenos Aires en los poderes sobrenaturales de un cristiano brasileño que reunió una multitud de personas en un teatro de la capital, para curar milagrosamente la parálisis de Orfila Risco? Aquel sí que era un espectáculo grotesco y sin plaza de imaginación. E innumerables badalaguas lloraban a moco tendido cuando el embrollón enanballó el brazo de la enferma que todavía está tullido. Lo cual prueba que los hombres de esta y de todas las generaciones tienen absoluta necesidad de creer en algo. Con la ayuda de algún periódico, orfama, haremos milagros. Hay varios dólares que rablan por venderse o explotar un asunto ensazonal. Y nosotros los daremos a todos los adientes de maravillosos, un dios magnífico, adorno de relatos que podemos copiar de la biblia... una idea se me ocurre... anunciaremos que el mocho es el Mesías ahunlado por los judíos... hay que pensar... sacaremos fotografías del dios en la alive... podemos imprimir una cinta cinematográfica con el templo de cartón en el fondo del bosque y el angelito conversando con

el Espíritu de la Tierra.

—Pero Ud. es un circoo o un joco?

—Las dos cosas. Y alegremos un término medio entre Kriksamutti y Redalfo Valentino... pero más meli-tillo, una criatura que tenga un ras- tro extraño como el sufrimiento del mundo. Nuestras cintas se exhibirán en las barrias pobres, en el arrabal, se imagina Ud. la impresión que causará el populacho el espectáculo del dios pálido resultando a una muerte, el de los lavaderos de oro con un arcángel como Gabriel con- tediendo las barras de metal y pro- fitutas desfilosamente atavizadas di- puestas a ser las esposas del primer desdichado que llegue. Van a sobrar sollicitantes para ir a explotar la ciudad del Rey del Mundo y a gozar los placeres del amor libre. De entre esa ralea elegiremos los más in- cultos... y allí abajo los dublamos bien el espinazo a pelos haciéndolos trabajar veinte horas en los lavi- deros.

—Yo lo crea a Ud. obrerista.

—Cuando converso con un prole- tario será rojo. Ahora converso con Ud. y a Ud. le digo... Mi sociedad está inspirada en aquella que a principios del siglo noveno organizó un bandido perra llamado Abdala-Aben- Maimun. Naturalmente sin el aspec- to industrial que yo filtro en la mía y que forzosamente garantiza su éxito. Maimun quiso fusionar a los li- brepiensaderos, aristócratas y cre- yentes de dos razas tan distintas como la perra y la árabe en una secta en la que implantó diversos gra- dos de iniciación y misterios. Man- tian decaradamente a todo el mun- do. A los judíos les prometían la llegada del Mesías, a los cristianos la del Paraíso, a los musulmanes la del Madhi... de tal manera que una turba de gente de las más di- tintas opiniones, situación social y creencia trabajaban en pro de una obra cuyo verdadero fin era cono- cido por muy pocos. De esta manera Maimun esperaba llegar a dominar por completo al mundo musulmán. Exuso decirle que los directores del movimiento eran unos circoos es- tupidos, que no tenían absoluta- mente en nada. Nosotros los imita-

remos balcheviques, católicos, fascistas, alcos, militaristas en di- versos grados de iniciación.

—Ud. es el rufián más desdecorado que he conocido... Si tuviera éxito...

—Lo tendremos, ya que está el ce- bo del oro. Los resultados de nues- tra organización se verán por los balances que arrojen los negocios que emprendamos. Los prostibulos serán una fuente de dinero. Edo- asín ha ideado un aparato que per- mitirá controlar el número de forni- caciones que ejecuta diariamente cada pupila. Esto sin contar con las donaciones, una nueva industria que pensamos explotar, la Roca de Co- bbe que ha inventado Erodalín. Aho- ra Ud. es posible explicar por qué lo hemos acordado.

—Me explico.

—Su dinero nos servirá para instalar un lenasolío, organizar el pe- queño contingente y comprar herra- mientas, instalación de radio-telegra- fía, y otros elementos para el lavi- dero de oro.

—Y Ud. no admite que puede equi- vocarse?

—Sí... ya lo he pensado, pero pro- cado como si estuviera en la cierta. Además una sociedad secreta es co- mo una enorme caldera. El vapor que produce puede mover una gran cosa como un ventilador.

—Y Ud. qué es lo que quiere mo- ver...?

—Una montaña de carne inertín. Nosotros los pocos queremos, neci- silamos los espléndidos poderes de la tierra. Dichosos de nosotros si con nuestras atrocidades podemos aterrorizar a los débiles e inflamar a los fuertes. Y para ello es neces- rio crear la fuerza, revolucionar las conciencias, exagar la barbarie. Ese agente, la fuerza misteriosa y enorme que suscitó todo eso, será la sociedad. Instauraremos los autos de fé, quemaremos vivos en las pin- zas a los que no creen en Dios. ¿Có- mo es posible, que la gente no se ha- ya dado cuenta de la extraordinaria belleza que hay en eso así... el de quemar vivo a un hombre?... y por no creer en Dios, ¡se da cuenta Ud! por no creer en Dios. Es neces- sario, comprendáme, es absolutamen-

te y enorme fuerza a inflamar el corazón de la humanidad. Que todos calgen de rodillas al paso de un san- to, y que la oración del más infimo sacerdotito encienda un milagro en el cielo de la tarde. ¡Ah, Si Ud. supiera cuantas veces lo he pensado! Y lo que me alienta es saber que la civilización y la miseria del siglo han desequilibrado a muchos hom- bres. Estos locos que no encuen- tran rumbo en la sociedad son fuer- zas perdidas. En el más ignominio- so café de barrio, entre dos almpás y un circoo va a encosarse Ud. tres genios. Estos genios no trabajan, no hacen nada... convenga con Ud. en que son genios de hoja de lata... pero esta hojalata es una energía que bien utilizada puede ser la base de un movimiento nuevo y poderoso. Y esto es el elemento que yo quiero emplear.

—Manager de locos?...

—Esa es la frase. Quiero ser ma- nager de locos, de los innumerables genios aporritos, de los desequilibra- dos que no tienen entrada en los centros espiritistas y balcheviques. Estos imbéciles... y yo se lo digo porque tengo experiencia... bien en- gañados... lo suficientemente reca- lentados, son capaces de ejecutar actos que le pondrían a Ud. la piri de gallina. Literatos de moestrador, inventores de barra, profetas de parroquia, políticos de café y filis- ofos de centros recreativos serán la carne de cañón de nuestra socie- dad.

Erodalín sonreía. Luego sin mi- rar al encadenado, dijo:

—Ud. no conoce la inaguantable insolencia de los fronterizos del ge- nio...

—Sí, mientras no se les compren- de ¿no es verdad Mafner?

—No me interesa.

—Ea que a Ud. debe interesarle porque va a ser de los nuestros. Ye opino así. Si a un fronterizo se le discute que no es un genio, toda la insolencia y la grosería de este in- comprendido se levanta injuriosa an- te Ud. Pero elige sistemáticamente a un mínistras del amor propio y ese mismo sujeto que lo hubiera ac- cordado a la mesa de contratación se-

Mi Nativismo

Añadirle nuestra alma a todo lo que viene
y hacer quedar el alma de lo que se nos vá.
Recibir cosas gringias con los brazos abiertos
y en un abrazo estrecho dejarlas acriolladas.
Modernizar la estética y ampliar el panorama
del viejo criollismo.
Marcar con el fierro de nuestro carácter
y de nuestro decir
todas las cosas vivas todavía orejanas.
Poner dentro del huoco de la vieja guitarra
germen de cantos nuevos,
como el pájaro pone en el nido
germen de libertad.

Fernán Silva Valdés

convierte en su latayo. Lo que debe saberse es suministraría una mentira suficientemente doctificada. Inventar o poeta será su criollo.

—Ud. también se cree genio—es taVó tracundo Hafner.

—Yo también me creo genio... claro que lo creo... pero cinco minutos y una sola vez al día... aunque poco me interesa serio o no. Las frases importan poco a los predelirados a realizar. Son los fronteras del genio los que engordan con palabras lediles. Yo me he planteado este problema que nada tiene que ver con mis condiciones intelectuales: ¿Puede hacerse felices a los hombres? Y empiezo por acercarme a los que desprecio. Quiero apoderarme del alma de todos estos desgraciados, darles por objetivo de sus actividades una mentira que los haga felices inflando su vanidad... y estos pobres diablos que abandonados a sí mismos no hubieran pasado de incompetencias, viran al genio, me

terial con que produciríamos la potencia... el vapor.

—Ud. se vá por las ramas. Yo le pregunto qué fin personal persigue Ud. al querer organizar la sociedad.

—Su pregunta es estúpida. ¿Para qué escribió Ud. su poema simbólico, para qué inventó Einstein su teoría? Bien puede el mundo pasarse sin su poema y la teoría de Einstein, ¿Sé yo acaso el soy un instrumento de las fuerzas superiores en las que no creo una palabra? Yo no sé nada. El mundo es misterio. Posiblemente yo no sea nada más que el sirviente, el criado que prepara una hermosa casa en la que ha de venir a morar el Elegido, el Santo.

La voz del Astrólogo se hizo menos imperiosa.

—Creáms, siempre ocurre así en los tiempos de inquietud y desorientación. Algunos pocos se anticipan con un presentimiento de que algo formidable debe ocurrir... esos lo

deber de agitar la conciencia de la de locos expectantes, se creen en el sociedad... de hacer algo aunque sean disparates. Mi algo en esta circunstancia es la sociedad geográfica. Gran Dios ¿puede acaso el hombre la consecuencia de sus actos? Cuando pienso que voy a poner en movimiento un mundo de titanes... titanes que se multiplicarán, me estremezco. Hasta luego a pensar que lo que puede ocurrir es tan ageno a mi voluntad como lo serían a la voluntad del dueño de una usina las bestialidades que se ejecutara en el tablero el electricista que se hubiera vuelto repentinamente loco. Y a pensar de esto, siento la imperiosa necesidad de poner en marcha esto, de reunir en un solo manajo la disforme potencia de cien psicologías distintas, de armonizarlas mediante el egoísmo, la vanidad, los deseos, y las ilusiones, teniendo como base la mentira y como realidad el oro... el

Mercado de Ideas

Remate de una idea

Sinceridad, ha dicho Carlyle. Pero lo ha dicho en su sentido más íntimo y conmovido. La sinceridad del poeta nos asegura una visión absolutamente inédita y nos garantiza la existencia de una emoción original, inalterada. Toda otra actitud coincidiría manifiestamente con la mediocridad. Sería la realidad inútil y efímera de la cámara fotográfica, la realidad exterior de las cosas, la menuda realidad cotidiana despojada del misterio immanente que la hace grande a los ojos del artista. La visión del poeta adquiere jerarquía estética por su singularidad. Su condición eminente es la función creadora del genio. El artista educa nuestro espíritu, nos enseña a contemplar el paisaje, nos da una sensación especial del mundo circundante. La paradoja de Wilde, cuando afirma que la naturaleza copia al arte, declina su violencia en cuanto asumimos su trascendencia. La obra de arte constituye el único punto de referencia para juzgar a la naturaleza y proclamarse su hermosa. El descubrimiento estético es una recreación del mundo; es, afirmémoslo nuevamente, la invención efectiva del mundo. Y solamente puede realizarse este milagro humano cuando el artista procede con entera franqueza, transmitiéndonos el espectáculo que solamente han visto sus ojos.

Essa sinceridad debe considerarse, primordialmente, en la relación que el poeta guarda con su época. El concepto de Taine al considerar al poeta como resultancia del medio en que aparece, nos alcanza argumentos para reforzar la tesis que auspiciamos. El artista, en realidad, no es, rigurosamente, un producto del medio, con el aditamento popular y democrático que el aserto arrastra acaso a su pesar. No es un compendio obligatorio de historia menuda, ni una enciclopedia de malas costumbres. Creo en la impopularidad progresiva del arte. Claro está que el artista recoge en su obra el espíritu de su época. Pero existe en esta una selección felizmente antojadiza, dispar y absolutamente inexacta. El artista escoge los elementos de su arte con un criterio singularísimo. Y, a la postre, ha impuesto a su época el ritmo de su pensamiento. No olvidemos, para todo esto, que él es el único espectador sensible cuya impresión tiene la ancha virtud de no coincidir jamás con la de sus contemporáneos. Y este privilegio — el privilegio halagado de contemplar a los demás al analizarlos a sí mismo — produce el encanto ante el retrato postizo de la época en que él en

tista realiza su obra. No hay colaboración popular en esta elaboración elevadísima de la obra de arte. El artista está a un lado del pueblo. Tal vez en el ángulo visual más agudo. Y de ahí que su sinceridad, cuanto más honda y exacta, provoca la creación estética de eminente jerarquía. Basta, pues, con que el artista diga aquello que siente para que su misión quede generosamente cumplida.

Roberto A. Ortell.

Presentación del "Royal Keller"

He aquí el Café... ¡Paseen, señores, al verdadero Café, paseen a oír la orquesta de señoritas, y los relojes que pierden las horas a la vista del público!

NO; no es así... Esto es un pregón. No es el tono del "Royal Keller". Ni su ritmo. Todas las cosas se nos dan, antes de nada, en fluida presencia. En tonos y ritmos. Sintetización; camino para ir a los conceptos y las formas. Que son un fracaso. El fracaso de aquella intangible y original precisión.

Al "Royal Keller" hay que caminarlo en punta de pila. Al "Royal Keller", hay que definirlo con esos pensamientos, delgados y perreosos, que se nos escapan por entre los requisitos del sueño.

La idea del "Royal Keller" es una idea que siempre queda más atrás. Le sucedió a la calle Corrientes y le volvió a sunder a la calle Esmeralda.

Es un Café para dentro. Sin cartelitos ni gritos. Se lo apodó, se lo apodó a la ciudad que iba de prisa. Se lo cayó de los bolsillos para nunca jamás ser recuperado.

Escalofríos trasponer, una y otra vez, sus cuatro puertas misteriosas. Sus cinco, sus seis, sus siete puertas misteriosas. Que solamente son tres. Y saberlo. Pero equivocarse apropiado.

Gusto difícil de entrar y salir, con aire sigiloso y urgente; gusto de desconcertarse, de simular la posesión de un secreto...

Todos los años tienen algo de zundo y equinado, algo de transitorio, algo de cosa que ya comienza a no ser de este mundo. Pero al "Royal Keller" es la nota demasada.

NO; no es un Café cualquiera. Su nombre devela a los adolescentes; su nombre es como una página de aire frío al top de las densas familiares. Las madres y las esposas lo estropean, vengativamente, al pronunciarlo. Y le anteponen un "ese tal..." de odio y de gusto.

¡Qué gran Café para llevar fraternal! Entrar por Corrientes y salir por Esmeralda, como si se buscara a alguien. Presumir de parroquiano. O sentarse, por fin, en disciplina espera del amigo que muy bien pudo no haberse muerto, o del desconocido que habla con su misma voz.

Tiene que ser después de las dos de la mañana, espontaneidad que, diariamente, se le ofrece a las mentiras ágiles para saltar del lado de las verdades. Y desahojadas.

¡Qué gran Café para los catalogadores de ojeraz, esa fina clientela de las Francones!

El "Royal Keller" es la Sorbona de los bebedores, la Academia Superior del café; y es, además, el refugio final de la florista que ha desaparecido un día, sin averiguarse cómo, de la Avenida de Mayo, de las postales de Navidad y de los vitrosos de "Mundo Argentino". Esa florista que antes repartía tarjetas en las terrazas; tarjetas con un nombre francés, puesto en diminutivo, que era igual a un apodoñado. Esa florista cuya sonrisa alteraba el pulso, escabía la garganta y dejaba un picor incómodo en la raíz de los cabellos. Esa florista que ahora se ha vuelto gorda y bien intencionada como una Billie...

¡Qué gran Café para los exhibidos! La mayoría ha deseculebrado ya que las cortinas que lo frecuentan, con un capcioso diáfono. Ellos saben muy bien que, cualquier madrugada, ha de bajar las escaleras y ha de venir a sentarse al lado, la estupefacta mujer que no se atreven a imaginar: una mujer de champán, con sabor a whisky en las calzas...

Amado Villar.

Valoración del Cine

Metrópolis—

Metrópolis es el film del romanticismo alemán. ¡Y cuán espeso es el romanticismo alemán!

Potencialidad de cine futuro, tiene dos elementos sustanciales: la visualidad y la sensualidad. Y en todo: el romanticismo, tan puero, tan lacrimoso como en el Pasato.

El argumento, para la plata, no merece relatarse en una revista de arte. Destaquemos solamente algunos fragmentos que valen por toda la cinta.

Un primer cuadro admirable. Es el relevo de los obreros. Un cardumen entra, otro sale. Panoramas de pescuecos, de testuzas en marcha.

Desvolación de testuzas y de pescuecos en marcha hacia las profundidades de la caverna, donde el trocidiota obrero vive. Y arriba la ciudad bella, la ciudad del porvenir con sus torres formidables, con sus rascacielos formidables. Poco "valenti" en este cuadro que espotes demasado la imaginación y procura visualidad. La es-

hana del cine es pequeña para contener ese poema maravilloso de la ciudad del año 2000. Tan pequeña que el cuadro resulta caricatural. Haría falta un escenario de cien metros cuadrados para refractar dignamente la visión de Metrópolis, fría, impositiva, de acero, asentada sobre la ciudad subterránea de los que la construyeron.

La masa humana ha sido empleada bien en este primer cuadro. Luego, ya no. Multitudes oscuras, vociferantes, salmeístas que queman una bruja. Persecución de un alquimista, de puro corto romanticismo, entre las gárgolas de una catedral que copia a Notre Dame. Con un cuasimodo cualquiera tenemos una segunda "Esmeralda". ¡Valle la pena 20 años de ensayos cinematográficos para llegar a este triste Víctor Hugo del film!

La sensualidad nos da otro cuadro admirable. Y son dos y talco. La mujer fabricada en carne y hueso por la mecánica precisa del porvenir (intérese la grandiosidad de esta idea de base romántica y echada a perder por el romanticismo) baila. Rompe sus huesos en la danza, abraza su vientre con rechinar de polea, abraza su sed cuando los altos hornos de la "máquina-corazón" (símbol romántico) codifican sus senos altos y grandes. Poco "valenti". Esa mujer despojada miembro a miembro en esa danza frenética merece ser estudiada anatómicamente. La pantalla no nos da tiempo. Contentémonos con oler el chiporroto de su grasa alemana, vertida en el braseo de la sombra voluptuosidad de los grandes directores de Metrópolis.

Las máquinas en Metrópolis forman un poema aparte del film. Vale la pena verlas pose en su helada inmovilidad trabajan mejor que los artistas.

El protagonista tiene cara de mocoso imberbe y dan ganas de apalearlo el trasero por echar a perder en forma tan estúpida un rol, que interpretado por un Emil Jannings, por ejemplo, sería una creación inimitable.

De carne somos—

En manos de Norte América, Emil Jannings, Emil, el destino de "Varieté" ha fracasado. Primero en "Todo por el oro". Ahora en "De carne somos". Último grande, pues era el único gran trágico del cine y podía enseñar su arte a los que vendrán, cuando terminados estos veinte años de ensayo (1908-1928) el cine sea el aislado séptimo arte.

Con todo Emil Jannings siempre es grande. Caricatural o trágico, risueño o torvo. Es el artista de cara más humana que retrata la pantalla. Pero no todos los días se ve el milagro de "Varieté".

La madre—

Esta film puede figurar sin desmedro entre sus hermanas de concepción "El acorazado Potemkin" e "Yván el terrible".

Como siempre Rusia marcha a la vanguardia. En "La Madre" todo es bello, todo es bello, todo es real.

Arte de realidad visible tiene una estética grandiosidad que punza nuestro corazón latido. Esa madre rosa es, acaso, más madre que todas las madres. Valga esta: sola, serena, de piedra rugiente, enarbolando la bandera roja hace frente a un tumultuoso de comas. Va a su encuentro...

La pléyade burguesa y el galeón aristocrático, han aplaudido a rabiar a la santa madre rosa y roja de Gorky. ¿Qué mejor elogio?

Entre todo lo grande de este filón de la raza admirable que se cura desdoblándose en sus heridas y enana y correte el porvenir, anotamos este detalle, solista y gigantesco: La taberna. Un krumbe recruta étnicos. Los obreros escuchan. Mientras lo hacen, devoran pescado. Lo van mastacando entero. Son pocos grandes, explosivos, negrutos, de clasificación imposible, luzada de pobres. Cuando han llenado a la olla, cuando la capina candal los avisa con un pinchazo que la pituitaria termina y el "rodillo" está ausente del vaso, se deciden. Han mastacado en pensamiento y han encontrado que sus vidas no tienen otra compensación que ese miserable pescado frío, devorado en silencio solloso y amenazador...

Nicolás Olivari.

Deporte y Psicología

La actitud de Pítagoras, catador de almas, triangulando el cuerpo de sus discípulos con mirada perfecta, adquiere un prestigio axiomático para el hombre moderno. Tan matemática es la correspondencia entre un alma especial y una plástica determinada, que se ha construido una ciencia con la interpretación del arte, de los monumentos y de todas las formas dejadas por las civilizaciones muertas. Y Spengler reclama la sistematización definitiva, y su elevación a categoría de ciencia, de los limitados estudios analíticos, es decir, simbolismo universal, realizados por la Historia y en más vasta escala por la Teosofía.

Imaginemos un Apolo de bronce totalmente hueco. Si le hundimos la nariz y le cambiamos la espalda, su espacio interior de aire se desplazará en igual proporción. Y con toda seguridad la vibración musical será distinta en el bronce abollado y en el Apolo intacto. Cada individualidad es como un camino por el que debe desarrollarse un tipo posible de humanidad. Propender por todos los medios a lograr ese tipo es la misión más alta y primordial del hombre.

W. James demostró científicamente que las influencias entre el cuerpo y el espíritu, por ejemplo: los estados de ánimo, son reversibles. Así se puede tanto curar las enfermedades mentales por vía orgánica, como curar según ahora lo sostiene la medicina moderna, las enfermedades orgánicas por vía psicológica. De aquí que al deporte tenga una importancia tan grande en la civilización actual.

Los pueblos latuyen con claridad absoluta su situación en cada desplazamiento histórico. Por eso además del sentido de reacción biológica, contra la enorme presencia de la muerte que padeció el mundo durante la guerra, el deporte tiene un sentido especial y trascendente. Hasta ahora el hombre occidental regido por el Cristianismo, se había propuesto desarrollar tan sólo sus facultades espirituales, alcanzando un desequilibrio enfermizo en todas sus actividades, que hizo crisis en 1914. Época horrible; culminación del gótico y del barroco, en la que se postulaba como ideal de humanidad, un bicho supercivilizado con un cerebro enorme y un cuerpo atrofiado de tres pulgadas.

Pero ¿cómo el hombre es sólo inteligencia? Toda la psicología contemporánea demuestra que en la mezcla de infinitas energías que es la vida mental, la razón entra en proporción muy pequeña. Y nada tan cercano a la vida del músculo, como la intuición, el sentimiento, el entusiasmo, las pasiones, en una palabra, el corazón; que es el elemento básico de nuestra estructura interior. El triunfo de los argentinos sobre los franceses, es el triunfo del corazón sobre el cerebro. Reclon ahora empieza el hombre a comprender el valor y el rendimiento espiritual de la materia. La técnica no sólo es la sistematización de la comodidad, sino y esencialmente, un medio poderoso de apresurar la cultura y el florecimiento de una humanidad mejor. Y el deporte que ahora se realiza instintivamente, no tardará en ser incorporado como capítulo fundamental de psicología en la pedagogía moderna.

Desarrollar la arquitectura corporal hasta su máximo, de acuerdo con las posibilidades congénitas de cada individuo, es como enderezar la nariz y la espalda del Apolo. Entonces podrá el espíritu desarrollar toda su potencia, indagada por una cultura intensiva y la cavidad de aire tomando de nuevo su fíjil resonancia, dará la nota clara y persistente en la vibración del bronce.

Creo que llegaré día en que será difícil confesar la falta de cultura deportiva, como lo es ahora la falta de cultura intelectual.

Y por mi parte confieso que he encontrado mejores calidades espirituales entre los deportistas analfabetos, que entre los intelectuales que desprecian el músculo. Ya lo dijo Wilde: "No hay realidad más profunda que las apariencias".

Brandón Carratta.

Algo menos sobre el Tango

PORQUE el tango está murmurando acunado por la mano húmeda y escuircidiza de la cocaina en las platas calcidocéficas, y por el gusano boboso de los bandomones que ha invadido la penumbra del cinematógrafo.

El tango ha dejado de ser tango y de ser nuestro porque ha perdido la travesera.

Ahora es una música que se parece a todas, a todas las músicas populares, a la francesa, a la rusa, a la de la Cochinchina. Y por un lado, el fantasma de las malas letras, como la del "Ciroje" por ejemplo, y el de las malas letras al revés, por decirlo así, que de acarameladas y curulesas dejan de ser letras de tango. Por otro, la consagración que ha recibido en París, en donde le han cambiado la plata.

Dijo que el tango ha perdido la travessura. Antes era alegre. Me acuerdo que en mis diez años todavía se dibujaba en las veredas bulliciosas de los zapaticos suburbanos y en los murguitos del Ronconi o el Rinaldi Hermanos, aquellos organitos que en fueron renqueando hacia el cielo. Cuando nació fui alegre, y nadie lo duda. Era un travesaño de esta picaresca, de este risueño excepcional porteño.

Que lo digan "El Caburú" y "Don Juan" y "La Mochea".

Antes se tarareaba contra los portanos de los conventillos, y tenía la "cara sucia", puro de un suelo de ley; contra el buzo desatendido en las cañerías en donde perduraba el hiena retorcido de los faroles equineros, cuyos requiltraos candiles ya no alumbran al mundo.

No es la mía una lamentación sentimentalista. Es un reproche que me sale del corazón, de mi corazón alegre de porteño.

El tango ha terminado, así, mal dicho, por entretuerto al cabaret y a la milonga "Fildramática"; y a la ventanilla de las casitas feas del suburbio, casitas feas como él, en donde lo que verdaderamente ilumina era la luna del disco, del antiguo disco "Columba" que no habla de los pagajeros lieros de hoy. Y por entretuerto hasta a las mismas veredas, en donde ya no se dibuja la compadrada — esas cortes, esas quebradas de los muchachos — y los balleros estilo Colonia Italiana, que continúan teniendo la misma plata, pero con un alma muy distinta.

Hemos perdido al tango por hacerlo más serio y más liero. Así también, un día, vamos a perder el football, el football nuestro, el del barrio, el de la calle, el adquirimos la técnica, el adquirimos todo lo que tienen los footballeros del mundo, y al nos olvidamos que las cosas que valen en tierra de criollos, son aquellas que no se parecen a las cosas de los gringos.

Rodríguez Gutiérrez.

Critica de los Premios Municipales

Yo soy un hombre de mi tiempo. Es decir, un hombre en quien el estilo de la inteligencia, o sea la manera de pensar, sobre las sugerencias del momento. Hasta ahora he creído que los premios literarios debían ser

otorgados por jurados compuestos exclusivamente de literatos. Desde hoy, ya eso prescribido tal condición. Los últimos premios multiplicados son la causa del cambio.

Este año, el tribunal edilicio ha estado formado por gente casi toda ajena a las letras. Que yo recuerde, sólo habla dos miembros ligeramente ligados con cosas de la pluma: el Sr. Alfredo Bianchi, administrador, mejor dicho, gerente de la literatura de la generación a la que le hemos pateado el culo; y el Sr. Mariano Antonio Barrecheo, ex editor, fidedigno de aseror ejemplo, e ignorante confuso de asuntos literarios. Y sin embargo ese jurado ha otorgado admirablemente los premios. Vamos al grano.

El primer premio, a Joaquín Martínez Estrada, no puede ser más justo. Su libro "Argentina" es indudablemente un libro escrito con un propósito pequeño: el de conquistar voluntades explotando los sentimientos patrióticos. Muchas de sus páginas están vacías a causa de eso; la ocasionalidad del motivo, lo embuteza del asunto. Pero así y todo, tiene poemas cabales, entre los cuales hay uno, admirable, admirableísimo, el de la vana, "en cuyas cuatro patas reposa la arquitectura". Martínez Estrada es de entre los poetas argentinos que en el sector de izquierda llamamos "pasadista" el mejor de todos: mejor que Pedroni, mejor que Tallón. Y este es mucho.

El segundo premio, a Tomás Allende Inagorri no está tampoco mal. Podría pensarse a Molinari, con quien no recibe la comparación. Pero también pudo premiarse a él, como se lo premié. No ha escrito nada para el recuerdo. Mas sus cosas no son definitivamente mediocres, y hasta se lo ve lleno de grandes intenciones. Además tiene una cara de serlo por lo que clama el cielo. Tres mil pesos lo son.

Y el mejor premio es el tercero. Los premios son pocos. El jurado, sabidísimo, ha pensado repartido. Ha premiado a Horacio Schiavo lo que es premiar a dos: a él y a Marchal, su maestro. Schiavo queda con los pesos; Marchal con el honor. El jurado no es culpable de que Marchal no haya presentado libro a su dictamen. En este sentido, el veredicto es equitativo. Claro que hubiera sido más hermoso que Schiavo dividiese salomónicamente los dos mil pesos con Marchal. Pero se me ocurre un argumento. De acuerdo con esto último, algunos autores que han obtenido premios en años pasados, de tener que compartirlos con sus presentadores, es casi seguro que al fin de cuentas no se quedarían sino con centavos. Desde luego, toda esa autoridad a creer que si Marchal hubiese publicado este año algún libro, el jurado le habría dado por lo menos lo que a Schiavo dió. Al fin y al cabo, ha demostrado su buen gusto. El premio ha sido a la poesía "de" nuestro compañero por intermedio de una de sus buenas realizaciones. Pues es urgente dar este por sentido: que "Aventura" no es una pobre imitación, de "Días como flechas"...

Alberto Hidalgo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

R O M A N C E

Las mañanas se arrodillan
 los horas en su bandeja
 para que tú las elijas
 así vendimamos besos
 y siempre verdes las viñas.
 Se va la luz de tus manos
 yo puedo partir tranquilo
 es tu presencia la música
 que ha embrujado los caminos
 cantando llegan a tí

van cantando al mar los ríos
 Yo lo vi

como la tarde
 te miraba y sonreía
 y la dulzura del tiempo
 estaba en tí de rodillas
 la tarde a mí me pedía
 por tu silencio collar
 una sonrisa en los labios
 y un índice en la sonrisa.

Eduardo González Lanuza

El Rociamiento
de la Academia

En la noche del 23 de Mayo de 1927 — citemos la fecha como en los folletines — un reducido grupo de escritores españoles encabezado por Gerardo Diego, celebró diversos actos en homenaje a Góngora cuyo tercer centenario se cumplía ese día. Después de un inquietante auto de fé, y la correspondiente quema de tres monjitas símbolos, — un erudito, un catedrático y un académico, — llegaron los actos hasta el sitio donde la Real Academia Española levanta sus muros, y lo convirtieron en un monjisterio. ¡Qué gran gesto el de Diego y sus amigos al ejecutar al unísono ese movimiento universal de llevarse las manos a un poco más abajo de la cintura, para regar decorativamente y con vindictivo desprecio las paredes que guardan todos los diccionarios y gramáticas del idioma! Debemos considerar lo que significa en España, — y en cuanto a su intención — un hecho como éste. Para los literatos españoles la Academia es como una mezquita. Se entra en ella con el respeto de los pies descalzos. A los más arrojados y valientes, por esto a por aquella, por supersticiosa temer quizás, no se atreven nunca a lanzar un ¡no me importa! definitivo de posiciones. Pérez de Ayala es el último caso. Nadie de menos espíritu académico que él, entre los escritores de la hora hispana, y sin embargo, sin haber dicho más, y sin haber afirmado o consentido nada, es hoy un académico más. No hablemos ya de los nombres permanentes como Ricardo León o Lluís de Vilas para esos, la Academia es el principio y el fin.

Nosotros, felizmente, nunca hemos arrojado el hecho caso de la Academia, a la cual le concedemos el valor

de un organismo útil sólo en aquello que se refiere a la parte mecánica de catalogar y clasificar los elementos del idioma. Por todo esto, por el clásico e inútil respeto español hacia la Academia, vemos en la actitud de Gerardo Diego, en ese humedecerse en las bandejas de los académicos, algo más que una simple chuscada. Es un gesto significativo e importante, casi apoteósico. La incontinencia vesical del grupo de gongoristas matronas un aplauso cerrado, y legado al caso, la condigna imitación. ¡Hay tantos académicos virtuales a quienes podríamos humedecer por aquí! Celebramos, pues, el gesto de Gerardo Diego y sus amigos, y enviámosles hoy nuestra más clara felicitación americana.

Lluís de Vilas.

Ediciones "Pulso" para bibliófilos

Joseph Delteil: "Le mal de cœur"

¿Se puede hacer en Buenos Aires ediciones de lujo? Vamos a demostrar que sí. "Pulso" va a inaugurar una pequeña biblioteca de libros breves, por primera vez traducidos a español, firmados por los mejores escritores modernos del mundo.

El primer tomo será: "Le mal de cœur" del gran escritor francés Joseph Delteil. Le seguirán obras de James Joyce, Aleksandr Blok, Ezra Pound, Carl Sternheim, Pierre Reverdy y otros.

Estos libros se imprimirán sobre papeles especiales: Japón, Holanda, Lefuma, etc. Su tiraje estará restringido a 150 ejemplares numerados, y sólo podrán adquirirse por rigurosa suscripción previa.

Queda abierta la suscripción para el primer tomo, cuyo precio es de \$ 3.00 el ejemplar, pagadero contra entrega del mismo.

**Manuel B.
Santamaría**

Importador de artículos para el hogar



Soliciten Catálogo

Rivadavia 1255
BUENOS AIRES

PULSO

REVISTA DEL ARTE DE AHORA

Director: Alberto Hidalgo

Nº. 1

JULIO de 1928
BUENOS AIRES

Redacción, Administración y Talleres

MEXICO 1416

U. T. Mayo (38) 3461

Precio del Nº. 20 centavos

NO SE ADMITEN
SUSCRIPCIONES

Sociedad de Publicaciones

EL INCA

Impresiones
en General



LIBROS
REVISTAS
PERIODICOS
DIARIOS

FOLLETOS
TESIS
CATALOGOS
AFFICHES

México 1416

Buenos Aires

Unión Telefónica 38 - Mayo 3461

ARAQUISTAIN

LOS MISTERIOS DE LA POLITICA YANQUI en Cuba, Puerto Rico y Haití, son revelados sensacionalmente en

“La Agonía Antillana”

LA POLITICA YANQUI EN EL MAR CARIBE”

UN LIBRO PROHIBIDO

en Cuba y agitado en los demás países

EN PRENSA, LA 2a. EDICION

\$ m/n. 2.50

He aquí los libros mas interesantes

Alvarez del Vayo

¿ Una Novela ?
¿ Un Reportaje ?

Los lectores calificarán

“La Senda Roja”

como UN LIBRO HISTORICO de supremo INTERES NOVELESCO que condensa los episodios más dramáticos de las

Revoluciones Rusa y Alemana

A PUNTO DE AGOTARSE

Agresivas Vd. a adquirirlo

\$ m/n. 2.50

ANTIGUA CASA CALPE

SUIPACHA 585 = BUENOS AIRES

Concesionario:
JULIAN URGOITI

KEYSERLING

UNA REVOLUCION EN LOS ESPIRITUS

promoverá el LIBRO FUNDAMENTAL DEL FAMOSO FILOSOFO ALEMAN

“Diario de viaje de un Filósofo”

la obra europea de más extensa resonancia. MEDIO MILLON DE EJEMPLARES en sus ediciones inglesa y alemana

Acaba de aparecer el volumen I

\$ 6.50

entre las últimas publicaciones españolas

JULIO CAMBA

“Sobre Casi Todo”
“Sobre Casi Nada”

forman una ENCICLOPEDIA de los ASPECTOS HUMORISTICOS del MUNDO CONTEMPORANEO

2 libros regocijantes y amabilísimos del MEJOR HUMORISTA ESPAÑOL

Acaban de ponerse a la venta con un éxito extraordinario

c/u. \$ m/n. 2.50